

RECUERDO DE PAOLA VIANELLO

Paola Vianello, al fallecer inesperada y fatalmente, nos ha dejado perplejos, desamparados y sin consuelo a todos sus amigos, discípulos, colegas y, en general, a cuantos de su serena inteligencia, de su siempre activa sabiduría y de su generosa afabilidad tuvimos la fortuna de disfrutar.

Fue una mujer que, mientras vivió, entregada en cuerpo y alma al magisterio y la investigación en Filología Griega, fue dejando tras de sí la estela de la hermosura de toda su persona.

En sus trabajos, en sus conferencias, en su enseñanza, en el trato exquisito con colegas y alumnos volcaba toda la elegancia de su alma y la delicadeza de quien, como bien formada filóloga y avezada helenista, había calado hondamente en el filantrópico mensaje de la cultura clásica.

Toda ella era sensibilidad, clarividencia y buen tino, y de ello dejaba cumplida constancia en sus trabajos filológicos siempre ponderados, serios y provechosos. He venido recomendando siempre a mis discípulos su estupenda edición del discurso de Lisias titulado *Sobre el asesinato de Eratóstenes* y publicado en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1980.

Y ahora mismo, al escribir estas líneas desde mi despacho en Salamanca, tengo entre mis manos su estudio de la *Teogonía* de Hesíodo, que ella supo aderezar con una generosa introducción, abundantes notas explicativas y una versión rítmica francamente acertada.

En la primera página de ese hermoso volumen aparece una dedicatoria, escrita de su puño y letra, que va dirigida a mi persona para que no me olvide nunca —me dice en ella— ni de México ni de la UNAM.

¿Cómo podría yo olvidarme de tan hermoso país y tan brillante universidad si el recuerdo de ambos va estrechamente ligado al suyo, porque fue ella quien me enseñó a amarlos al uno y a la otra? Paola era muy mexicana y muy cumplidora de su misión de profesora universitaria.

Dos páginas más adelante —sigo hojeando el volumen de la *Bibliotheca Mexicana*— me encuentro, escrita ya en letra de molde, con la dedicatoria de Paola a su marido Arnaldo, “compañero en la vida” —dice—, “en ideales y en esfuerzo”. Así era Paola, una linda e inolvidable mujer comprometida por igual con el saber y con la vida.

Yo creo firmemente, como creían los Neoplatónicos que practicaron esa su hermosa religión filosófica que fue la dominante en el pagano Mundo Antiguo, que algunas personas o criaturas que entre nosotros viven sobre la tierra desprenden fulgurantes destellos de bondad y de belleza que no son sino los reflejos de esa suprema fuerza inmaterial e impersonal, el “Uno” del *Parménides* o el “Bien” de la *República* de Platón, del que los hombres mortales no somos capaces de decir ni de saber absolutamente nada.

Paola Vianello emitía esos resplandores, y ahora, sin su presencia, el mundo se ha quedado más oscuro, más triste y más opaco.

Paola Vianello, como una nueva Hipatia, pasó tan deslumbrante por la vida, que, al ausentarse de ella, nos ha dejado a sus amigos y discípulos, a quienes la conocimos, la tratamos y la quisimos, hondamente afligidos y nostálgicos de esa luz tan suya con la que despejaba las tinieblas y nos alegraba el corazón.

Antonio LÓPEZ EIRE